

## LA FE DE LA IGLESIA

+ Vicente Jiménez Zamora  
Obispo de Santander

Estamos celebrando el *Año de la fe*, convocado por el Papa Benedicto XVI. Comenzó el 11 de octubre de 2012 y concluirá el 24 de noviembre de 2013, fiesta de Jesucristo Rey del Universo.

En esta breve *carta pastoral* quiero ofrecer unas reflexiones sobre la *fe de la Iglesia*. Cuando renovamos las promesas bautismales, concluimos con esta frase: *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor Nuestro. Amén.*

Los domingos, en la Santa Misa, recitamos el “*Credo*”. Nos expresamos en primera persona, pero confesamos comunitariamente la única fe de la Iglesia. El “*creo*” pronunciado singularmente se une al de un inmenso coro en el tiempo y en el espacio, donde cada uno contribuye, por así decirlo, a una concorde polifonía en la fe. El *Catecismo de la Iglesia Católica* sintetiza de modo claro así: “Creer” es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la Madre de todos los creyentes. “Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre” [San Cipriano]” (n 181). Por tanto, la fe nace en la Iglesia, conduce a ella y vive en ella. Esto es importante recordarlo.

En los comienzos de la Iglesia, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, el día de Pentecostés (cfr. *Hc* 2, 1-13), la Iglesia naciente recibe la fuerza para llevar a cabo la misión que le confió el Señor resucitado: difundir en todos los rincones de la tierra el Evangelio.

La Iglesia desde el principio es el lugar de la fe, el lugar de la transmisión de la fe, el lugar donde, por el Bautismo, se está inmerso en el Ministerio Pascual de la muerte y resurrección de Cristo, que nos libera de la prisión del pecado, nos da la libertad de hijos y nos introduce en la comunión con el Dios Trinitario.

Existe una cadena ininterrumpida de vida de la Iglesia, de anuncio de la Palabra de Dios, de celebración de los sacramentos, que llega hasta nosotros y que llamamos *Tradición*. Ella nos da la garantía de que aquello en lo que creemos es el mensaje originario de Cristo, predicado por los Apóstoles. El núcleo del anuncio primordial, que es el acontecimiento de la muerte y resurrección apostólica, expresada de un modo especial en los libros sagrados, se ha de conservar por transmisión continua hasta el final del tiempo” (*Dei Verbum*, 8). De tal forma que si la Sagrada Escritura contiene la Palabra de Dios, la Tradición de la Iglesia la conserva y la transmite fielmente a fin de que los hombres de toda época puedan acceder a sus inmensos recursos y enriquecerse con sus tesoros de gracia. Así, la Iglesia “con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las generaciones lo que es y lo que cree” (*Ibid.*)

La tendencia, hoy difundida, a relegar la fe a la esfera de lo privado contradice su naturaleza misma. Necesitamos la Iglesia para tener confirmación de nuestra fe y para experimentar los dones de Dios: su Palabra, los sacramentos, el apoyo de la gracia y el testimonio del amor. En un mundo en el que el individualismo parece regular las relaciones entre las personas, haciéndolas cada vez más frágiles, la fe nos llama a ser Pueblo de Dios, a ser Iglesia, portadores del amor y de la comunión de Dios para todo el género humano (cfr. *GS* 1).